



Autoritarismo y política

Por: José M. Tojeira, S.J.
Director Idhuca

En la acción gubernamental referente al control de la pandemia del Covid-19 se están produciendo algunas situaciones tensas que nos desvelan manejos políticos de fondo. Es importante hablar de ellas porque, en general, detrás de toda acción, en un país tan politizado como el nuestro, se encuentran siempre tendencias a ocupar o mantener poder político. Esta tendencia a reforzar el poder político a través de acciones que teóricamente no suelen relacionarse con el juego del poder, como es la respuesta a una epidemia, se da con mayor facilidad e intensidad en democracias débiles. Tal es el caso en El Salvador.

Desde el 21 de marzo y a raíz de los decretos de Emergencia Nacional y de Excepción se han detenido, o en lenguaje gubernamental “retenido”, a más de 2.000 personas, la gran mayoría hombres. En general fueron llevados inicialmente a bartolinas y desde ahí, no todos, a los llamados “centros de contención”. Las denuncias en este contexto no se han hecho esperar, así como en otras acciones de menor impacto y número de afectados, como toques de queda parciales en algunas colonias sin justificación legal, mal trato a personas que andan en la calle, cierre de calles, algún allanamiento de morada e incluso una agresión con herida de bala a un joven. En este último caso el policía agresor ha sido llevado a los tribunales. La PDDH, por su parte, ha recibido más de 350 denuncias reportando violaciones a los derechos de libertad, salud, trabajo, información e incluso al derecho al agua, alimentación y no discriminación. En estos últimos días ha destacado especialmente una especie de toque de queda domiciliar de 48 horas, que afecta a toda la ciudad de La Libertad, así como en menor escala a otros municipios cercanos, dado que este municipio es un importante nudo de comunicaciones. El hecho de que se prolonguen las cuarentenas sobre lo legalmente establecido y sin motivo aparente, ha despertado también abundantes quejas.

Algunas de estas medidas y acciones han sido criticadas por diputados de la Asamblea Legislativa y desautorizadas por la Sala de lo Constitucional, especialmente en lo que respecta a formas “de confinamiento o internamiento sanitario forzoso a las personas que incumplan la orden de cuarentena domiciliar, mientras la Asamblea Legislativa no emita una ley formal en la que se establezca dicha medida con todos los requisitos enunciados en este hábeas corpus”. Los enfrentamientos del poder Ejecutivo con el Legislativo y con la Sala de lo Constitucional han sido directos y verbalmente duros, han llevado a algunos incumplimientos legales y, en general, son muy comentados en las redes y los medios de comunicación. La tendencia de los comentarios insiste en el peligro de una militarización de El Salvador. Algunos hablan incluso de dictadura.



Más allá de esos posibles peligros, una forma de interpretar el autoritarismo y las confrontaciones con otros poderes es ver estos fenómenos más como medios de ocultar la realidad del país en dos aspectos. En primer lugar, el modo autoritario esconde, aunque no totalmente, la fuerte desorganización y falta de protocolos sanitarios, fallos logísticos y cierre de información. Y simultáneamente, en un país como el nuestro, de cultura autoritaria tradicional, esta especie de mano dura lleva a pensar a mucha gente, que hay un buen manejo y capacidad de decisión en el Ejecutivo. En segundo lugar, dada la tendencia a manejar como año político el año previo a las elecciones, y dada la importancia para el actual Ejecutivo de las elecciones legislativas de Febrero, dado que de momento carece de diputados de su propio partido, el enfrentamiento con otros poderes del Estado y el apoyo del Ejército puede tener una dimensión útil en el campo de la propaganda electoral no formal: Evita que se hable de un manejo político de la epidemia de cara a las próximas elecciones, refuerza el poder y la importancia del Ejecutivo y su nuevo partido y pone el debate en un tema de gestión en favor de “salvar vidas” en el que el Presidente del país aparece como el gran abanderado. Aunque el juego político en estos términos no es fácil, e incluso puede volverse en contra, la impresión es que el Gobierno actual juega siempre a presentarse como el salvador de la situación epidémica desde la capacidad de decisión y el poder de la acción. Y además mueve hábilmente límites y no tiene problemas en retroceder después de dar un golpe de efecto. Un buen número de hábeas corpus han quedado sin posible trámite al ser liberadas muchas de las personas reclamantes, y en La Libertad, donde el domingo en la noche se suspendió el toque de queda, no hubo apenas detenciones. Más allá de las interpretaciones psicológicas que se puedan hacer sobre la tendencia del Presidente al autoritarismo, o más allá también de las interpretaciones políticas unidireccionales que apuntan a un afán dictatorial, el análisis del manejo del poder debe contemplar aspectos políticos que no por estar encubiertos por la pandemia, dejan de tener fuerza e incidencia en el proceder, especialmente, de los poderes Ejecutivo y Legislativo.

El autoritarismo queda así relacionado con la ocultación de los fallos en la gestión de las medidas contra la pandemia y con la propaganda populista de un liderazgo carismático que quiere asegurar el triunfo electoral en las próximas elecciones. No son los dos únicos factores que conducen al ejercicio autoritario del poder. A ellos podrían sumarse factores económicos, psicológicos, sociológicos y culturales. Pero es evidente que lograr que el líder esté siempre en el candelero, más allá de lo justo o lo injusto, es siempre un triunfo para este tipo de política carente de ideas que predomina en la actualidad y que no es exclusiva ni de El Salvador ni del mundo en vías de desarrollo. El Presidente Trump es en Estados Unidos y en los países de mayor desarrollo, un claro exponente de lo que decimos.